

**¿Multilingüismo prehispánico
en la costa norte del Perú?
Una exploración de las evidencias**

*Prehispanic multilingualism
on the Northern Coast of Peru?
An exploration of the evidence*

Matthias Urban

Leiden University Centre for Linguistics
Universidad de Leiden, Holanda
m.urban@hum.leidenuniv.nl

Recepción: 22 de noviembre de 2016

Primera revisión: 26 de marzo de 2017

Segunda revisión: 11 de abril de 2017

Aceptación: 21 de octubre de 2017

Resumen

Este artículo se centra en la conceptualización sociolingüística y antropológica de la diversidad lingüística en la costa norte del Perú, en tiempos prehispánicos. Se discute la necesidad metodológica de que las interpretaciones atiendan los rasgos de la organización social y económica de la región —reconstruidas de manera parcial por la arqueología y la etnohistoria— considerando particularmente los varios tipos de movilidad que surgen a partir de los patrones de intercambio, trashumancia y redes sociales. En este marco se evalúa específicamente un conjunto de afirmaciones que circulan en publicaciones recientes respecto al bi- o multilingüismo en la costa norte del Perú. Se argumenta que la evidencia toponímica interpretada a tal efecto, no es suficiente para demostrar el bi- o multilingüismo, ya que existen otras interpretaciones plausibles. También se muestra que la evidencia etnohistórica que proviene de los documentos de la administración colonial o de las observaciones de los cronistas debe ser examinada críticamente antes de ser interpretada. Se concluye que, al presente, las palabras compartidas entre las lenguas de la costa norte y los posibles rasgos estructurales que comparten, constituyen la mejor y más fiable evidencia en favor del bi- o multilingüismo prehispánico en la región.

Palabras clave: Costa norte del Perú; bi- o multilingüismo; préstamos; sociolingüística.

Abstract

This article focuses on the sociolinguistic and anthropological conceptualization of the prehispanic linguistic diversity on the coast of northern Peru. It discusses the methodological necessity that interpretations need to be confronted with traits of socioeconomic organization of the region partially reconstructed by archeology and ethno history, bearing particularly in mind the different types of mobility which arise from patterns of exchange, transhumance, and social networks. In this context, statements in the recent literature which suggest bi- or multilingualism on the coast of northern Peru are evaluated. It is shown that toponymic evidence which has been interpreted to this effect is not enough to demonstrate bi- or multilingualism convincingly since other alternative interpretations are possible. It is also argued that ethno-historical information from documents of the colonial administration or observations of chroniclers need to be subjected to a critical evaluation before embarking on interpretations. It is concluded that, currently, shared vocabulary items between the languages of the coast and the possibility of common structural traits constitute the best and most reliable evidence in favor of bi- or multilingualism in the region.

Key words: *Peruvian North Coast; bi- or multilingualism; borrowing; sociolinguistics.*

1. Introducción*

Los estudios del pasado lingüístico de la costa norte del Perú desarrollaron una dinámica inesperada. A pesar de la extinción de todas las lenguas relevantes, y el hecho resultante de que el corpus de datos probablemente quedará cerrado y limitado, el interés en la diversidad lingüística de estas regiones ha experimentado una atención creciente. Desde los estudios de Torero (1986) y Cerrón-Palomino (1995) el interés persiste y asciende, como lo muestran, por ejemplo, las publicaciones de Salas (2002; 2012) y de Eloranta (por aparecer) acerca del mochica, y el tratamiento de las lenguas costeñas de manera integral, tema del que se ha ocupado el autor presente (Urban, por aparecer b). Por la escasez de datos primarios —con la posible excepción del mochica—, estos trabajos tienen algunas características particulares: típicamente utilizan datos auxiliares para llenar los vacíos que resultan no solamente del corpus incompleto de datos lingüísticos, sino también de la falta de conocimientos precisos acerca de la distribución de las lenguas. En este contexto juega un papel importante la evaluación de las declaraciones de observadores tempranos, como los cronistas españoles o clérigos itinerantes, uno de ellos, por ejemplo, Santo Toribio Mogrovejo ([1593-1605] 2006). Otra fuente principal para el estudio lingüístico son los topónimos y apellidos conservados en documentos de la administración colonial y algunas veces hasta la actualidad. Este tipo de datos, sin embargo, en más de un caso, puede llevar a callejones sin salida, cuando, por ejemplo, las observaciones coloniales son inconsistentes, o cuando la “huella digital” dejada por los topónimos conduce a resultados no concluyentes. A pesar de los problemas que conlleva aprender algo sobre las lenguas desaparecidas de la costa norte y de los Andes norperuanos, sí merece que los investigadores inviertan sus esfuerzos en indagarlas.

Aún en el siglo XVI la costa y sierra norte del Perú contaron con un verdadero mosaico lingüístico evidenciado no solo en el número de lenguas individuales, sino también en el número de *linajes* lingüísticos independientes. Siguiendo a Nichols (1992, p. 25), *linaje* alude a una familia lingüística de poca profundidad temporal, o a una lengua aislada, que en uno u otro caso no puede ser relacionada con ninguna familia lingüística conocida. En la costa, ellas son las lenguas

* Las opiniones expresadas en este artículo son exclusivamente mías. Quiero agradecer a mi colega Nicholas Q. Emlen. En tanto está exonerado de responsabilidad para el resultado, lo que hoy puedo llamar opinión mía fue influenciada significativamente por discusiones valiosas con él. También agradezco a los evaluadores anónimos del artículo, cuyas observaciones y sugerencias permitieron puntualizar aspectos relevantes del escrito. Este trabajo fue subvencionado por el Consejo Europeo de Investigación (FP7/2007-2013, ERC Advanced Grant N° 295918).

tallán, sechura o sek y mochica o muchik, esta última cubriendo espacios de la región costeña de Lambayeque, de la costa norte de La Libertad, y de partes de la sierra piurana¹. Al sur del mochica se hablaba una lengua casi incógnita que De la Calancha (1638) refiere con el nombre de quingnam, pudiendo corresponder a la lengua pescadora indicada por varios observadores coloniales, entre ellos, Mogrovejo ([1593-1605] 2006). En su diversidad lingüística, el norte del Perú, tanto en la costa como en la sierra, se distingue drásticamente de la región sur-central, donde dominaban, ya en vísperas de la conquista europea, las familias quechuas y aimaras.

2. Problema

Sobre la diversidad lingüística surge un conjunto de preguntas. ¿Por qué se mantuvo en el norte una situación de diversidad lingüística a pesar de la intrusión del quechua y qué factores sociolingüísticos fueron responsables de esa situación? ¿Qué papel jugó el surgimiento de los estados complejos y, expansionistas, al menos en el caso de Chimor, en la formación y/o mantenimiento del panorama lingüístico? También hay interrogantes de índole sociolingüística de las que quiero ocuparme en la contribución presente: ¿Cómo se conceptualiza el paisaje lingüístico prehispánico desde el punto de vista de la sociolingüística y la antropología lingüística? ¿Qué papel jugaron las lenguas en el mundo social de la población prehispánica?²

El paisaje sociolingüístico que se busca aclarar con estas preguntas, no se identifica ni equipara con un mapa que muestra deslindes lingüísticos. Hace poco, y con mucha razón, Herrera (2016) ha criticado los mapas “glotogeográficos”³ que sugieren áreas netamente homogéneas en cuanto a la lengua hablada en ellas, considerándolos como representaciones inadecuadas de situaciones sociales mucho más complejas. Ramírez (1995), por ejemplo, discute el “repartimiento de recursos”⁴ como contraparte norteña de los archipiélagos verticales descritos por Murra ([1972] 2002)⁵. Además, había patrones de trashumancia que persistieron, al menos, en el valle de Jequetepeque, aún en la prehistoria tardía, en tiempos posteriores al desarrollo de los estados costeños (Dillehay,

¹ En Urban (por aparecer b) intento mostrar que la presencia piurana del mochica podría haber sido temprana, y no debido a movimientos tardíos de poblaciones como se ha asumido.

² No digo que estas preguntas no se relacionen, al contrario, es probable que incluso estén íntimamente vinculadas.

³ “glottogeographical” en el original inglés.

⁴ “resource sharing”.

⁵ Como sugiere Shimada (1982), estos pueden involucrar no solo diferentes zonas altitudinales sino también nichos ecológicos en otros valles.

2013). Según la movilidad que se vislumbra en partes significativas de la población prehispánica y en las redes sociales y comerciales que mantuvieron con sus vecinos cercanos y lejanos, hay que leer con mucho cuidado los mapas lingüísticos de los Andes centrales, sobre todo, aquellos mapas que comúnmente vemos en el tratamiento de la lingüística del norte del Perú prehispánico. Los mapas, primero, son apoyos para el entendimiento de la geografía lingüística. En el mejor de los casos, muestran las zonas en que predominaba el uso de una lengua, pero no debe confundirse un mapa con una representación adecuada de los patrones del uso de las lenguas. Al mismo tiempo cabe decir que en la mayoría de los casos solo podemos especular acerca del carácter del paisaje sociolingüístico sobre la base de las narrativas de los arqueólogos y etnohistoriadores. Por cierto, todos los aspectos de la organización social y económica de los Andes centrales, incluso lo que hoy es el norte del Perú, sugieren ciertos rasgos sociolingüísticos dada la situación plurilingüe. En la costa norte la contribución más destacada a la que se puede atribuir carácter “sociolingüístico” proviene de una etnohistoriadora⁶. Rostworowski (1981) ha inferido una división social de la población costeña basada en las dos principales ocupaciones: la pesca y la agricultura. Más adelante también ha propuesto que dicha división correspondería a diferencias lingüísticas. De tal modo, la llamada “pescadora” habría sido la lengua de la clase social de pescadores (véase también Rabinowitz, 1983). Por desgracia, la base de datos, como en tantos casos relacionados con la situación lingüística, es corta, de ahí que Torero (1986, p. 541) sostenga que la propuesta de Rostworowski carezca de fundamento suficiente, sin negar su posible validez.

Ante el trasfondo sociocultural, hay otras sugerencias posibles a partir de la existencia de una multitud de lenguas. Entre ellas, destaca el bi- o multilingüismo que habría sido necesario para mantener las relaciones sociales y económicas en un paisaje lingüístico caracterizado por una multitud de lenguas distintas. Este tema ha sido estudiado recientemente por Salas (2010) y Herrera (2016), para partes diferentes de la costa norte. En cuestiones teóricas adopto aquí una definición simple y estándar del bilingüismo y multilingüismo, según la cual, designan la capacidad de un individuo o una comunidad de individuos de hablar más de una lengua. Bi- o multilingüismo es, pues, en primer lugar, una propiedad de los individuos. Esta acepción es importante ya que metonímicamente se hablaría de regiones como Quebec, donde una parte significativa de la población habla inglés y francés, dando lugar a una “región bilingüe”. Pero,

⁶ Cerrón-Palomino (2004, p. 86), en adelante, habla de “menos prestigio en términos sociolingüísticos” del que gozó la “pescadora” comparado con lo que podría llamarse “quingnam propio”.

¿cómo mostrar que realmente existieron individuos bi- o multilingües en la costa norte prehispánica y cómo averiguar más detalles al respecto? Torero (1986), y siguiéndole a él, Cerrón-Palomino (2004) y otros, han postulado una zona entre el valle del Jequetepeque y Chicama, donde se hablaba tanto el mochica como el quingnam. Sin embargo, conscientemente o no, ambos evitan el uso del término bilingüismo, hecho que se puede interpretar como un cuidadoso evitamiento de la pregunta, o simplemente, como una señal del desinterés en la temática. Torero (1986, p. 536) se queda en el lenguaje “glotogeográfico”, que critica Herrera, y habla de “territorios compartidos”, sin precisar lo que sociolingüísticamente ese concepto pudiera significar. Cerrón-Palomino (2004, p. 86), por su parte, habla de una “superposición”, atribuyendo la interpretación a la lectura de De la Calancha (1638). Más adelante, Adelaar con Muysken (2004, p. 320), dicen que se trataba de “una zona de contacto donde mochica y quingnam compitieron debido a la expansión de los reyes chimú hacia el norte”⁷. Netherly (2009), por su parte, habla de una “región de transición lingüística”⁸, pero sostiene que “los informes eclesiásticos coloniales aclaran que esto no es una cuestión de bilingüismo. En su lugar, había grupos de gente hablando o el quingnam o el mochica reunidos en lo que había sido una unidad política pre-inca”⁹.

En general, hay que ser cuidadosos al efectuar comparaciones de la situación (socio) lingüística andina con patrones de origen europeo. Este principio se basa en las diferencias fundamentales entre la organización sociológica, especialmente económica, en los Andes prehispánicos, en que, a nivel local, las relaciones económicas se caracterizaron por la redistribución más que por el comercio. Otro ejemplo, es el papel de las lenguas como emblemas de identidades sociales. Herrera (2016, pp. 161-162), al parecer siguiendo en última instancia a Ros-tworowski y otros, sostiene que la lengua es generalmente uno de los indicadores principales de identidad social, y por eso puede servir para distinguir etnias en el Perú del siglo XVI. Pero, al menos en los Andes sur-centrales, según Mannheim (1991), ese, exactamente, *no* es el caso. La asociación entre lengua y etnia será en realidad una proyección eurocentrista más que una descripción adecuada de la situación andina. La existencia de designaciones de lenguas indígenas como *runa simi* parece soportar solo superficialmente la idea de la lengua como fuente de identidad étnica. Acerca de este asunto, es oportuno citar a

⁷ “a contact area where both Mochica and Quingnam competed due to a northward expansion of the Chimu kings”.

⁸ “area of linguistic transition”.

⁹ “The colonial ecclesiastical reports make it clear that this is not a question of bilingualism. Rather, there were groups of people speaking either Quingnam or Mochica united in what had been a pre-Inkan political unit”.

Mannheim (1991, p. 6), quien por su parte cita a dos autoridades principales de la lingüística peruana:

Strictly speaking, the language had no 'name' as such before the European invasion (cf. Cerrón-Palomino 1987, p. 32). Quechua speakers referred to it as *runa simi* 'human speech', but in a generic sense rather than as the name of a language (Torero [1970] 1972, p. 65).

Estrictamente hablando, la lengua no tenía 'nombre' de por sí antes de la invasión europea (compárese Cerrón-Palomino 1987, p. 32). Los hablantes del Quechua referían a la lengua como *runa simi* 'lengua humana', pero en un sentido genérico antes que como el nombre de una lengua (Torero [1970] 1972, p. 65). (Traducción del autor).

Sin embargo, una cosa sí es cierta: las cuestiones de la sociolingüística y la antropología lingüística no son accesorias o marginales comparadas con el análisis de las gramáticas y vocabularios de las lenguas ancestrales del Perú andino. Hay que entenderlas antes de resolver el trasfondo de aquellas preguntas.

Regresemos a la cuestión del bi- o multilingüismo en la costa norte prehispánica. Después de la conquista incaica los invasores serranos habrían implantado una variante del quechua en la costa norte, hecho débilmente visible por algunos préstamos en el mochica y en el quingnam (Cerrón-Palomino, 1989; Quilter et al., 2010). Documentos coloniales atestiguan la existencia de individuos capaces de traducir del quechua a lenguas locales (véase Urban por aparecer b, para ejemplos). La cuestión del bi- o multilingüismo expuesta en las investigaciones recientes de Salas (2010) y Herrera (2016) concierne más bien al bi- o multilingüismo que involucra a las lenguas locales de la costa misma. Reconstruir el panorama social es aún más difícil que construir los mapas "glotogeográficos" de los que habla Herrera (2016), debido a la ausencia completa de datos directos al respecto, como a la imposibilidad de efectuar observaciones empíricas. Sin embargo, se ha intentado responder de varias maneras estableciendo distintos puntos de acceso. Aquí bosquejo principalmente tres: *evidencia toponímica*, *evidencia etnohistórica* y *evidencia propiamente lingüística*. Las dos primeras se han utilizado recientemente para explorar la situación en la costa norte prehispánica: Herrera (2016) se basa principalmente en la toponimia, mientras que Salas (2010) se vale más de la evaluación de fuentes etnohistóricas. Muchas veces, en la práctica, ambos tipos de análisis están entrelazados. Esto es verdad, también, para la obra de ambos autores mencionados. Dado que la presente contribución tiene carácter de aporte metodológico, en lo siguiente trataré ambas evidencias

por separado, para discutir sus puntos fuertes y débiles. Para una evaluación justa hay que tener en cuenta, sin embargo, que la argumentación de los autores es, en realidad, más compleja.

3. Las evidencias

3.1. Evidencias toponímicas

Herrera (2016, p. 163) se propone “desarrollar el argumento de que el multilingüismo decisivamente formó el desarrollo del mosaico complejo y dinámico encontrado en los Andes en el tiempo de la conquista”¹⁰. Concretamente, su fin es la exploración de la situación lingüística en el valle de Nepeña. Según afirma, el quingnam habría sido la lengua del valle mismo, mientras que el quechua se habló en el Callejón de Huaylas y el valle alto del Yanamayo, y el culle fue la lengua hablada en el norte y más al este en la sierra¹¹. El argumento a favor del multilingüismo en el valle de Nepeña prehistórico parece basado en etimologías de un corpus pequeño de topónimos que, según la interpretación de Herrera, se remontan a tres lenguas distintas, a saber, el mochica, el quingnam y el quechua¹². También, según la interpretación de Herrera, algunos topónimos son híbridos, con morfemas provenientes de dos lenguas distintas. Si se entiende bien el argumento de Herrera, puede decirse que él busca interpretar dicha situación lingüística como un indicador de multilingüismo prehistórico.

La Tabla 1 de Herrera (cf. 2016, pp. 167-168) compara un gran número de topónimos del valle de Nepeña, o partes de ellos, con material toponímico y an-

¹⁰ “develop the argument that multilingualism decidedly shaped the development of the complex and dynamic language mosaic encountered in the Andes at the time of conquest”.

¹¹ Herrera (2016, pp. 163-164) también menciona la posibilidad de un corredor culli-hablante en la sección costera del valle del Santa. Atribuye esta idea a un análisis toponímico de Torero (2002) que se ve reflejado en el mapa n° 5 del mencionado autor. Sin embargo, no puedo ver tal corredor en el mapa referido, ni en el texto de Torero.

¹² En efecto, aunque Herrera no lo discuta de manera explícita, la afirmación de una presencia del mochica tan al sur, es algo novedoso, que va al contrario de lo que se ha dicho antes acerca del límite sur de esta lengua. Aunque no es el tema de la presente contribución, deseo mencionar brevemente que la evidencia toponímica a tal efecto es de calidad mixta. Por ejemplo, la secuencia final *-án* o *-an* en topónimos que Herrera compara con mochica *<an>* ‘casa’, de hecho, es frecuente en quingnam también, como se demuestra en Urban (por aparecer b). En efecto, Herrera mismo también alude a la posibilidad de que pertenezca al quingnam. Por otro lado, el descubrimiento por Herrera de topónimos que terminan en *<pón>*, como Pimpón y Huancarpón, son significantes y merecen mayor atención, pues sin duda, *<pong>* es un sustantivo mochica muy recurrente en topónimos mochicas en el norte.

troponímico supuestamente quingnam en Zevallos (1993a, 1993b, 1994), material que en sí mismo queda sin etimología¹³. Este procedimiento conlleva algunos peligros: en primer lugar, en el caso del quingnam, no se tiene indicios suficientes para realizar una adecuada segmentación morfológica del material topónimo y antropónimo. Este problema se vuelve especialmente precario en los casos en que Herrera compara solamente parte de los topónimos, pues a falta de criterios objetivos para la segmentación, dicho procedimiento, en muchos casos, resulta arbitrario. Además, a falta de conocimiento de la dimensión semántica de los signos lingüísticos involucrados en los topónimos, queda desatendido un aspecto importante del trabajo etimológico. A esto se añade el hecho de que todas las comparaciones deben operar con representaciones ortográficas en un alfabeto que no necesariamente captura distinciones fonético-fonológicas importantes en las lenguas transcritas¹⁴. Herrera une estas comparaciones a algunas observaciones estructurales, como la reduplicación, que atribuye al quingnam específicamente. Sin embargo, este rasgo no solo caracteriza al quingnam, sino también a las otras lenguas del norte, aunque, con excepción de la lengua chacha, quizá en menor intensidad (véase Urban, por aparecer b).

El mismo Herrera (2016), en varios lugares, anota la gran dificultad etimológica que involucra una lengua no documentada como el quingnam. A mi juicio, la calidad y cantidad de datos con que contamos, especialmente en lo que toca al quingnam, no permite desarrollar teorías pormenorizadas acerca del paisaje sociolingüístico sin correr el riesgo de desconectarse de un fuerte y fiable fundamento empírico. Además, aun cuando pudiera hallarse indiscutiblemente topónimos híbridos, como en el caso del *culli* (Torero, 1989; Andrade, 2010), el bilingüismo no es la única explicación. En particular, en lo que concierne a topónimos que involucran una o dos lenguas insuficientemente documentadas, hay al menos dos otras posibilidades plausibles. La primera es que el topónimo supuestamente híbrido en realidad no lo sea, y se trate más bien de un préstamo cedido por una de las dos lenguas supuestamente involucradas. Si no conocemos los equivalentes léxicos en ambas lenguas, entonces, desde una perspectiva metodológica, no podemos excluir la eventualidad de que se trate del mismo término prestado por una de las dos lenguas implicadas. La otra posibilidad es que sean topónimos parcialmente redundantes que pueden surgir si hablantes de

¹³ Hay que tener en cuenta que buena parte de ese material está asociado actualmente con el mochica. Por ejemplo, *Solinique*, topónimo que Herrera (2016) asocia al quingnam, lleva el sufijo *-nique* claramente mochica (Salas 2012, en mi opinión, con mucha razón, lo identifica con el locativo <-nic>).

¹⁴ También, etimologías propuestas que involucran el mochica, como la de *Captuy*, son débiles por las mismas razones.

una lengua, quizá pertenecientes a un grupo migrante o invasor, se ven confrontados con topónimos preexistentes afiliados a otra lengua (que no hablan). Ejemplos de esto abundan en varios lugares del mundo. El nombre del Valle de Arán, en los Pirineos españoles, es redundante en ese sentido, ya que el nombre propio Arán en el vasco en sí mismo significa 'valle'. El añadido del sustantivo castellano *valle* (y formas emparentadas en otras lenguas ibéricas) sólo se puede explicar como resultado de una situación monolingüe en que los castellano-hablantes no entendieron el sentido del nombre vasco.

3.2. Evidencias etnohistóricas

Hemos visto que Torero (1986), y otros investigadores siguiéndole, han identificado una zona entre los valles de Jequetepeque y Chicama, la llamada Pampa de Paiján, como una zona de solapo entre el mochica y el quingnam. Sin embargo, hasta hace poco, nunca se ha interpretado dicho solapo como una señal de bilingüismo de manera explícita. Esta situación ha cambiado con Salas (2010). Sin embargo, el mismo Salas va más allá y busca postular una situación bilingüe también para el valle de Moche, al menos en el siglo XVI. Como muestra el investigador peruano, existen fuentes etnohistóricas que registran apellidos con la letra <f> en el valle de Moche, incluso en combinación con la terminación típicamente trujillana *-namo*. Ahora bien, las consonantes <f> en la costa norte, a partir de Torero (1986), se han interpretado como señal de la lengua mochica, mientras que, por varias razones, *-namo* pertenecería al quingnam. Sobre la base de estos datos, Salas (2010, p. 107) argumenta “a favor del bilingüismo de la zona”. Con ese sustento, al parecer, quiere señalar simplemente que en el valle de Moche había hablantes del mochica¹⁵ y quingnam¹⁶. Esa situación sí pudo haberse dado, empero, corresponde apuntar la posibilidad de que los nombres personales conserven una pista que conduzca hacia el origen de una persona, inclusive cuando esta haya migrado a un lugar en que no se habla su lengua nativa (compárese p. ej. los apellidos originalmente polacos en *-ski* de muchos alemanes). Es posible que este caso se haya manifestado con personas cuyas familias vinieron del norte, pero que desde hace varias generaciones adoptaron ya la lengua dominante local del valle del Moche, el quingnam.

A mi juicio, tampoco pueden convencer los otros argumentos basados en datos toponímicos y antroponímicos que aduce Salas (2012). Sostiene que la exis-

¹⁵ Si Espinoza Soriano (1975, p. 248) tiene razón, habrían sido pocos hablantes.

¹⁶ Como indiqué en la introducción, en el sentido estándar, bilingüismo y multilingüismo son calidades de individuos, no territorios. En el caso de Salas, no me resulta siempre claro en qué sentido usa el término, pero me parece que tiende al uso metonímico, refiriéndose a territorios.

tencia de una acequia llamada “la mochica” es un indicador de la presencia de hablantes de la lengua mochica en el valle de Moche. Sin embargo, dicho nombre puede igualmente aludir al topónimo Moche (véase Urban por aparecer b, para la cuestión de la etimología del glotónimo mochica). Acerca del antropónimo Pongmassa, nombre del primer rey chimú en Lambayeque (Cabello Valboa, [1586] 2011), que Salas (2012) también aduce en el contexto del bilingüismo en el valle del Moche, véase Urban (2015).

Pero Salas (2010, p. 109) discute más evidencias etnohistóricas que son de interés especial. El cronista temprano Oviedo y Valdés (1855, pp. 224-225) hace saber que “hasta la villa de Truxillo hay otras lenguas que llaman *mochicas*”, referencia que Salas interpreta al mismo efecto como la evidencia de la antroponimia, o sea, bilingüismo hasta el valle de Moche todavía en el siglo XVI. Sin embargo, la forma plural, “lenguas *mochicas*” de la que se vale Oviedo resulta desconcertante. Salas (2010, p. 109) busca clarificar la entidad lingüística a la que refiere Oviedo apoyándose de otro pasaje de este autor, escrito años antes, en que describe un animal andino desconocido para los conquistadores europeos. El cronista (1851, p. 418) dice: “En la tierra llana llaman á este animal *col*, é en la sierra le diçen *llama*”. En efecto, como apunta Salas, <col> es un sustantivo que registra De la Carrera (1644) para el mochica. Lo que no cuenta Salas a sus lectores es que, según De la Carrera (1644), significa ‘caballo’ en vez de ‘llama’. Otras fuentes del mochica, como la aportada por Martínez Compañón (1782-1790/1985), registran la palabra con el sentido de ‘animal’. Ese tipo de autohiponimia (*autohyponymy* en inglés, véase Becker 2002) y/o flexibilidad extensional ni es el único caso en los Andes ni es dañino para la interpretación de Salas. Sin embargo, gracias a una ingeniosa observación de Arrizabalaga (2007), sabemos que <col> también es el nombre genérico del ‘animal’ y/o específicamente la ‘llama’ en las lenguas del extremo norte, el tallán y el sechura, y es un vocablo que se oculta en los nombres para ‘hierba’ registrados por Martínez Compañón ([1782-1790] 1985), nombres que habrían sido neologismos morfológicamente complejos. Las palabras *hierba* —del tallán <(t)aguacol> y de la lengua de Sechura <unñiòcòl>—, como descubrió Arrizabalaga, se traducirían al castellano, en sentido literal, como ‘lo que comen los animales’ (o ‘llamas’, o ‘caballos’): compárese <aguã> ‘comer’ en la variedad tallán de Colán y <unuc> en la lengua de Sechura, donde <-uc> es un sufijo verbal muy común. En los datos del extremo norte, de Martínez Compañón ([1782-1790] 1985), aparecen las formas <colt> en Sechura y <ccol> en Catacaos con el sentido de ‘carne’, que ahora también podemos reconocer como un caso de flexibilidad semántica, que no es problemático. Entonces, tenemos el vocablo <col> en al menos tres lenguas de la costa:

el tallán, el sechura y el mochica. Se trata pues de un término *areal*, o sea una palabra compartida entre muchas lenguas de una región, en lo probable, no debido a un parentesco común, sino a la difusión regional por préstamo repetido (véase Haynie et al. 2014 para una reciente exploración de este fenómeno en América del Sur). Digo “al menos tres lenguas” porque parece posible, aunque no demostrable, que la cuarta lengua costeña, el quingnam, también hubiera compartido esa palabra.

De todos modos, la observación de Oviedo de que “[e]n la tierra llana” denominan *col* a la ‘llama’ resulta muy precisa porque el término parece haber sido usado a lo largo de la mayor parte de la costa norte, sobrepasando los deslindes lingüísticos. Ahora también tiene más sentido la frase oscura “lenguas *mochicas*” de la que se vale Oviedo: al parecer, el cronista usó esta frase como término genérico que cubre las lenguas de la costa norte del Perú de manera global, y no necesariamente estaba hablando específicamente de la lengua que hoy llamamos mochica. Así, la interpretación de Salas y, por lo tanto, su afirmación de bilingüismo en el valle de Moche, en la medida en que se basa en la cita de Oviedo, se percibe debilitada. Hay una lección más general: en ese caso, varias piezas de evidencia pudieron resolver la cuestión de lo que quiso decir un observador temprano. Pero no siempre es posible. Por ejemplo, la “lengua *ilinga*” referida por Mogrovejo ([1593-1605] 2006) todavía es singular e interpretable de más de un modo. Muchas veces, por la manera poco clara con que describieron lo que observaron, los significados quedan ambiguos. Forzar una interpretación y usarla como base de una afirmación a otro nivel de investigación deviene en un proceder inadecuado.

A pesar de estas anotaciones, de ninguna manera quiero excluir la posibilidad de que Salas tenga razón con su propuesta acerca de la presencia del mochica en el valle de Moche. En efecto, la evidencia toponímica podría ayudar. Así, las tierras con nombres como Guaninique —tierras poseídas en 1593 por el cacique de Moche, Don Cristóbal Saguanchi Munao (Zevallos 1993b, p. 37)— muestran, en efecto, el sufijo característico mochica *-nique* muy al sur. Puede tratarse de un topónimo híbrido, ya que [w] es un sonido ajeno al mochica. Junto con las observaciones de Herrera acerca de topónimos en *-pón*, estos casos de toponimia sí muestran la necesidad de estudios más detallados de la frontera lingüística mochica-quiringnam, y sobre todo el estudio de su naturaleza sociolingüística desde múltiples ángulos. Sea como sea, al parecer Salas no interpreta los datos toponímicos como indicio de personas bilingües, sino del “bilingüismo del territorio”. Si no es así y de veras quiere argumentar a favor del bilingüismo en el sentido tradicional, no queda claro por lo que dice.

Mi interés presente, sin embargo, reside en las cuestiones metodológicas. Concluyo que las fuentes etnohistóricas, que estamos acostumbrados a evaluar, ofrecen una evidencia muy débil para el bi- o multilingüismo que involucre las lenguas de la costa y sierra norte. Con el quechua la situación es diferente, pues sí se tiene pruebas etnohistóricas directas que permiten constatar que la gente de la costa era capaz de utilizar esta lengua (aunque los detalles sociolingüísticos, incluso en tales casos, no siempre son claros). Naturalmente también es posible que algún etnohistoriador en el futuro encuentre un documento antiguo de la administración española que mencione una situación de bilingüismo en la costa norte que no involucre el quechua. Tal documentación sería muy valiosa. Mi argumento aquí, sin embargo, sostiene que los datos típicos con que se suele evaluar, como la cita de Oviedo y Valdés en el caso de Salas (2010), solo pueden ofrecer indicios débiles al respecto. El análisis profundo de documentos de longitud mayor es más prometedor que el acto de forzar interpretaciones en frases aisladas de su contexto.

3.3. Evidencia propiamente lingüística

La tercera vía de evidencias pasa por inferir las situaciones de bi- y multilingüismo a partir de los datos lingüísticos mismos. Así como los estudios lingüísticos de la costa norte peruana han avanzado de manera gratificante, también la lingüística de contacto se ha desarrollado drásticamente en las últimas décadas. La publicación de Thomason y Kaufman (1988) constituye, en particular, un verdadero hito. Los autores distinguen dos tipos básicos de fenómenos lingüísticos que se deben al contacto entre lenguas. El primero de ellos es el préstamo¹⁷, caracterizado por la transferencia de material lingüístico de una lengua a otra. Se puede tratar de vocabulario, pero “préstamo”, en el sentido técnico de Thomason y Kaufman (1988), también incluye la transferencia de rasgos estructurales. La segunda clase de fenómenos es la llamada “interferencia”¹⁸, que surge en casos en que una lengua₁ es reemplazada por otra lengua₂, y tiene su raíz en el aprendizaje imperfecto de la lengua₂ por parte de adultos que son hablantes nativos de la lengua₁. Como las lenguas de la costa norte se mantuvieron hasta las conquistas incaica y española, el fenómeno del primer tipo, el préstamo, es de interés particular. Thomason y Kaufman (1988, pp. 74-75) lograron establecer una correlación entre las áreas del vocabulario y la gramática en que se observa los préstamos, por un lado, y la intensidad del contacto de las lenguas involucra-

¹⁷ “borrowing”.

¹⁸ “interference”.

das, por otro lado. Estas correlaciones las formalizaron en su denominada “escala del préstamo”¹⁹, cuya formulación original tiene cinco escalas de intensidad, reducidas y refinadas luego a cuatro (Thomason, 2001, pp. 70-71). Sin embargo, cabe enfatizar que se trata de correlaciones, no de leyes, y las predicciones de la escala pueden ser discutidas pues, en realidad, son probabilidades (compárese p. ej. Thomason, 2001, p. 71).

Ahora podemos explorar qué tipos de préstamos se observan en los datos disponibles de las lenguas de la costa norte, y si entre ellos se hallan evidencias que, según la escala de préstamo, sugieran la existencia de individuos bi- o multilingües.

En la primera escala de intensidad, caracterizada por “contacto ligero”²⁰, solamente se manifiestan préstamos de palabras, todavía no de rasgos estructurales. En cuanto al vocabulario, son prestados principalmente términos culturales o técnicos. Ese tipo de préstamo ni siquiera requiere individuos bilingües (compárese Thomason, 2001, p. 72); de hecho, los conquistadores españoles fueron capaces de adaptar palabras como *huaca* o *cóndor* sin un dominio perfecto de las lenguas andinas. Del préstamo de estos tipos de palabras hay evidencias para la costa norte. Más allá, préstamos de este tipo también indican relaciones lingüísticas entre la costa y las vertientes orientales de los Andes. Por ejemplo, como señala Salas (2012, p. 23), el mochica y el hibito parecen compartir una palabra que significa ‘lagartija’ en el mochica y ‘caimán’ en el hibito. Pero, como este tipo de préstamo también puede ocurrir sin bilingüismo, ya no es la evidencia que necesitamos para demostrar su existencia.

El nivel siguiente de la escala de préstamo está caracterizado por el contacto ligeramente más intenso, cuyo desarrollo se da con individuos que tienen un nivel de bilingüismo razonable, aunque pueden ser la minoría de la población. En ese nivel de intensidad se hallan prestadas las palabras con función gramatical²¹, mientras que en el léxico las formas prestadas todavía tienden a pertenecer al ámbito cultural. Empero, en este nivel de intensidad la influencia estructural empieza a desarrollarse. Incluye la realización fonética de fonemas en préstamos y la adquisición de nuevas funciones de estructuras sintácticas preexistentes bajo la influencia de la lengua “dominante”. En el caso de las lenguas de la costa norte, actualmente no se tiene evidencia para los fenómenos característicos de ese nivel de intensidad, debido a la naturaleza de su documentación, que favorece el vocabulario.

¹⁹ “borrowing scale”.

²⁰ “casual contact”.

²¹ “function words”.

Entonces, tenemos que explorar el nivel tres, “contacto más intenso”²², que según Thomason (2001, p. 70), aún requiere un número más alto de bilingües tanto como actitudes sociales que favorezcan el préstamo. En el nivel lingüístico se caracteriza por un mayor préstamo de palabras con función gramatical. Sin embargo, por primera vez también abarca el vocabulario básico prestado, incluyendo pronombres y numerales bajos. En este nivel se observa usualmente el préstamo de rasgos estructurales. Thomason (2001, p. 70) menciona los siguientes: la realización fonética de los fonemas; la adición o sustracción de uno u otro fonema al inventario inclusive en vocabulario nativo; rasgos prosódicos como la acentuación; restricciones a la estructura permisible de la sílaba y reglas morfofonémicas. En la sintaxis, el orden de las palabras puede ser afectado, y en la morfología, morfemas flexivos y categorías morfológicas prestadas se combinan con vocabulario nativo. En los datos de las lenguas de la costa norte del Perú se observa hechos consistentes con una intensidad de contacto que corresponde al nivel tres de Thomason (2001). Dichas lenguas compartieron un número significativo de palabras que pertenecen al vocabulario básico, según se aprecia en el escaso material lingüístico disponible. La Figura 1, con base de datos de De la Carrera (1644), Martínez Compañón ([1782-1790] 1985) y Zevallos (1975), muestran los casos correspondientes²³. También añado casos relevantes que involucran a las lenguas de la sierra y de las vertientes orientales, es decir, el *culli* y el *hibito*.

	Colán	Catacaos	Sechura	Mochica	Quingnam	Culli	Hibito
'beber, tomar'	<cùm>	<conecuc>		<c?uma->	<cuchumic> 'estás borracho'	<cumù>	
'morir'	<dlacati>	<lacatu>	<lactuc>	<lalacti> 'los muertos'			
'estrella'	<chupuchup>		<chùpchùp>			<chui>	
'cielo'	<cutùc-nap>		<cuchucyor>	<cuçia> <cúcia>			
'pájaro'	<yaia>	<yeya>	<yaibab>	<ñaiñ>			
'mar'	<amum>	<amaun>					<omium> 'ola'

Figura 1. Palabras del vocabulario básico, aparentemente compartidas entre lenguas de la costa y sierra norte

Fuente: De la Carrera (1644), Martínez Compañón ([1782-1790] 1985), Zevallos (1975).

²² “more intense contact”.

²³ Otra interpretación de las semejanzas sostendría que provinieron no de préstamo, sino de un parentesco común. No se puede excluir esta posibilidad plenamente. Sin embargo, la existencia de semejanzas fuertes en algunas palabras del vocabulario básico, que sugerirían un parentesco estrecho, no encaja con la ausencia de incluso semejanzas débiles en el resto, que sugeriría a lo mejor mucho tiempo después de la desintegración del ancestro común.

En el contexto andino, también la palabra <col> ‘llama’ (o ‘animal’, o ‘carne’) que, como hemos visto, compartieron al menos el mochica y las lenguas del extremo norte, se puede considerar “básica” en este sentido. Además, el quingnam, al parecer, ha incorporado numerales de un dialecto del Quechua II, como ya lo reconocieron Quilter et al. (2010). A la luz de las generalizaciones de Thomason (2001), esta comprobación es interesante ya que advierte de una situación de contacto muy intensa entre el quechua y el quingnam que Cerrón-Palomino (1989, p. 50) supone que también se da entre el quechua y el mochica, aunque se refleje de manera “escasísima” en los datos lingüísticos²⁴.

Además, como intento demostrar en Urban (por aparecer a, b), es posible vislumbrar alguna evidencia de multilingüismo en rasgos estructurales compartidos entre las lenguas de los Andes norperuanos que contrastan con las lenguas de las regiones central y sur del Perú. Sintomáticamente, se puede teorizar de modo más claro respecto a un rasgo mencionado por Thomason (2001), o sea, la estructura silábica. Como ya observó Torero (1986) las lenguas del norte peruano se caracterizan por una incidencia elevada de raíces monosilábicas cuando se las compara con el canon disilábico del quechua. Asimismo, un rasgo que parecen haber compartido las lenguas de la costa y sierra norte es que permiten oclusivas en posición final de la palabra, en muchos casos, sin restricciones. Entonces, las estructuras compartidas entre las lenguas ancestrales del norte del Perú pueden ser estudiadas ventajosamente también desde el punto de vista de la lingüística areal.

En suma, ante el trasfondo teórico de la lingüística de contacto, las palabras compartidas en el vocabulario básico, junto con la posibilidad de rasgos estructurales también compartidos, solo permite una conclusión: la muy probable existencia de situaciones de bi- o multilingüismo que involucraba a las lenguas autóctonas en la costa y en partes de la sierra norte.

4. Conclusiones

En la introducción indiqué que es creciente el interés por investigar el pasado lingüístico de la costa norte. En la reseña de literatura reciente (Urban, por aparecer b) demuestro que en los trabajos de los últimos años la atención de estudio se ha desplazado desde el análisis de la estructura de las lenguas hacia la explicación de sus interrelaciones. En esta segunda línea se inscribe el contenido del

²⁴ Sin embargo, hay que tener en cuenta que no sabemos nada sobre el lugar sociolingüístico del quingnam del siglo XVII tanto como el trasfondo social de la persona que proporcionó los datos. La interpretación entonces hay que entenderla bajo el supuesto quizá incorrecto de *ceteris paribus*.

presente artículo, centrado en describir el paisaje sociolingüístico de la costa norte, y en explicar las relaciones entre la localización de las lenguas en el *espacio social* y los deslindes lingüísticos en el *espacio geográfico*. La situación particular de las lenguas norteñas limita las posibilidades de exploración del tema. En lo metodológico se distinguen varios enfoques usados al respecto, principalmente, en Salas (2010) y Herrera (2016). Se debe respetar los logros de los etnohistoriadores y arqueólogos acerca de la organización social y económica tradicional de los Andes centrales, específicamente, en relación con el papel que los pueblos centro-andinos asignaron a la lengua como marcador de afiliación étnica. De modo más general, concluyo que en la actualidad la huella más fiable de bi- y multilingüismo en los Andes centrales prehispánicos en la costa norte son los préstamos en el vocabulario básico y quizá en los rasgos estructurales que se hallan en los datos de las lenguas mismas. La presencia de léxico compartido, si bien no demuestra de manera indudable una situación de multilingüismo, sí es un indicador fuerte de un alto nivel de interacciones (lingüísticas) ocultadas en el pasado andino. Los préstamos, sin embargo, no son capaces de responder a todas las preguntas de los investigadores, no tienen un cronofechador que facilite saber en qué fase de la prehistoria se daban las circunstancias sociolingüísticas que permitieron que ocurriese el préstamo. Tampoco nos dicen directamente en qué zona o zonas se daban los contactos requeridos para conseguir el resultado observado en los datos lingüísticos, aunque sí constituyen un indicio fuerte y fiable de la existencia de situaciones de bi- o multilingüismo.

Por razones analíticas, en este artículo se ha discutido por separado los tres tipos de evidencias. Esta disociación es artificial. En realidad, los enfoques no son mutuamente exclusivos, ni por razones teóricas ni por motivos prácticos, como lo demuestran los estudios de Salas (2010) y Herrera (2016) respecto a la toponimia y la etnohistoria, y en el caso de Herrera (2016), también respecto a la arqueología. A esto se añade, como lo he sugerido, el análisis de los efectos del préstamo. El último enfoque puede decirnos que sí es probable que haya habido individuos bi- o multilingües. Quizá los estudios toponímicos, con apoyo de la etnohistoria, puedan revelar en qué zonas se ubicaban los individuos bilingües.

Referencias

- Adelaar, W. F. H., con la colaboración de P. C. Muysken (2004). *The languages of the Andes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Andrade Ciudad, L. (2010). Contactos y fronteras de lenguas en la Cajamarca prehispánica. En P. Kaulicke, R. Cerrón-Palomino, P. Heggarty, y D. Beresford-Jones (eds.), *Lenguas y sociedades en el antiguo Perú: hacia un enfoque interdisciplinario*. *Boletín de Arqueología* 14 (edición especial), pp. 165-180.
- Arrizabalaga, C. (2007). Comentarios a un pasaje de Gonzalo Fernández de Oviedo. *Rilce*, 23 (2): 318-330.
- Becker, T. (2002). Autohyponymy: implicature in lexical semantics, word formation, and grammar. *Journal of Germanic Linguistics*, 14 (2): 105-136.
- Cabello Valboa, M. ([1586] 2011). *Miscelánea Antártica*. I. Lerner (ed.). Sevilla: Fundación José Manuel Lara.
- Calancha, A. de la. (1638). *Coronica moralizada del orden de San Avgvstin en el Perv, con svcesos egenplares en esta monarquía*. Barcelona: Pedro Lacavalleria.
- Carrera, F. de la (1644). *El arte de la lengva yvnga de los valles del obispado de Truxillo del Peru, con vn confessorario, y todas las oraciones christianas, traducidas en la lengua, y otras cosas*. Lima: Joseph Contreras.
- Cerrón-Palomino, R. (1987). *Lingüística quechua*. Cuzco: Centro de Estudios Rurales Andinos 'Bartolomé de las Casas'.
- Cerrón-Palomino, R. (1989). *Quechua y mochica: lenguas en contacto*. *Lexis*, 13 (1): 47-68.
- Cerrón-Palomino, R. (1995). *La lengua de Naimlap (reconstrucción y obsolescencia del Mochica)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Cerrón-Palomino, R. (2004). Lenguas de la costa norte peruana. En Z. Estrada Fernández, A. V. Fernández Garay, y A. Álvarez González (eds.), *Estudios en lenguas amerindias: Homenaje a Ken L. Hale* (pp. 81-105). Hermosillo: Editorial Unison.
- Dillehay, T.D. (2013). Economic mobility, exchange, and order in the Andes. En K. G. Hirth y J. Pillsbury (eds.). *Merchants, markets, and exchange in the pre-columbian world* (pp. 283-308). Washington, D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

- Eloranta, R. (por aparecer). Language contact across the Andes: the case of Mochica and Hibito-Cholón. En K. Dakin, C. Parodi, y N. Operstein (eds.), *Language contact and change in Mesoamerica and beyond*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- Espinoza Soriano, W. (1975). El valle de Jayanca y el reino de los Mochica, siglos XV y XVI. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 4 (3-4): 243-274.
- Haynie, H., C. Bower, P. Epps, J. Hill, y P. McConvell (2014). Wanderwörter in languages of the Americas and Australia. *Ampersand*, (1): 1-18.
- Herrera Wassilowsky, A. (2016). Multilingualism on the north coast of Peru: an archaeological perspective on Quingnam, Muchik, and Quechua toponyms from the Nepeña valley and its headwaters. *Indiana* 33 (1): 161-176.
- Mannheim, B. (1991). *The language of the Inka since the European invasion*. Austin: University of Texas Press.
- Martínez, Compañón, B. J. ([1782-1790] 1985). *Truxillo del Perú en el siglo XVIII*. Vol. 2. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Mogrovejo, T. ([1593-1605] 2006). *Libros de visitas de Santo Toribio Mogrovejo (1593-1605)*. J. A. Benito (ed.). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Murra, J. V. ([1972] 2002). El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *El mundo andino: población, medio ambiente y economía* (pp. 85-125). Lima: Instituto de Estudios Peruanos/Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Netherly, P. J. (2009). Landscapes as metaphor. Resources, language, and myths of dynastic origin on the Pacific Coast from the Santa Valley (Peru) to Manabí (Ecuador). En J. Joyce Christie (ed.), *Landscapes of origin in the Americas. Creation narratives linking ancient places and present communities* (pp. 123-152). Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Nichols, J. (1992). *Linguistic diversity in space and time*. Chicago: University of Chicago Press.
- Oviedo y Valdés, G. F. de (1851). *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, Primera Parte. J. A. de los Ríos (ed.). Madrid: Imprenta de la Real Academia Española de la Historia.
- Oviedo y Valdés, G. F. de (1855). *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del mar océano*, Tercera Parte, Vol. IV. J. A. de los Ríos (ed.). Madrid: Imprenta de la Real Academia Española de la Historia.

- Quilter, J., M. Zender, K. Spalding, R. F. Jordán, C. G. Mora, y J. C. Murga. (2010). Traces of a lost language and number system discovered on the North Coast of Peru. *American Anthropologist*, 112 (3): 357-369.
- Rabinowitz, J. (1983). La lengua pescadora: the lost dialect of Chimu fishermen. En D. H. Sandweiss (ed.), *Cornell University investigations of the andean past*, pp. 243-267. Ithaca: Cornell Latin American Studies Program.
- Ramírez, S. E. (1995). Exchange and markets in the sixteenth century: a view from the north. En B. Larson, O. Harris y E. Tandeter (eds.), *Ethnicity, markets, and migration in the Andes. At the crossroads of history and anthropology* (pp. 135-164). Durham/London: Duke University Press.
- Rostworowski de Diez Canseco, M. (1981). *Recursos naturales renovables y pesca, siglos XVI y XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Salas García, J. A. (2002). *Diccionario mochica-castellano*. Lima: Universidad de San Martín de Porres, Escuela Profesional de Turismo y Hotelería.
- Salas García, J. A. (2010). La lengua pescadora. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, (50): 83-128.
- Salas García, J. A. (2012). *Etimologías mochicas*. Lima: Academia Peruana de la Lengua.
- Shimada, I. (1982). Horizontal archipelago and coast-highland interaction in North Peru: archaeological models. En L. Millones y H. Tomoeda (eds.), *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales* (pp. 137-210). Osaka: National Museum of Ethnology.
- Thomason, S. G. y T. Kaufman. (1988). *Language contact, creolization, and genetic linguistics*. Berkeley/Los Angeles/Oxford: University of California Press.
- Thomason, S. G. (2001). *Language contact*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Torero, A. ([1970] 1972). Lingüística e historia de la sociedad andina. En A. Escobar (ed.), *El reto del multilingüismo en el Perú* (pp. 46-106). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Torero, A. (1986). Deslindes lingüísticos en la costa norte peruana. *Revista Andina*, 4 (2): 523-548.
- Torero, A. (1989). Áreas toponímicas e idiomas en la sierra norte peruana. Un trabajo de recuperación lingüística. *Revista Andina*, 7 (1): 217-257.
- Torero, A. (2002). *Idiomas de los Andes. Lingüística e historia*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos/Editorial Horizonte.

- Urban, M. (2015). The Massa connection: an onomastic link between the Peruvian North and Far North in a multidisciplinary perspective. *Indiana*, (32): 179-203.
- Urban, M. (por aparecer a). Is there a Central Andean language area? A view from the “minor” languages. *Journal of Language Contact*.
- Urban, M. (por aparecer b). *Lost languages of the Peruvian North Coast*. Berlín: Instituto Ibero-Americano.
- Zevallos Quiñones, J. (1975). Algunas palabras indígenas de la región de Trujillo. En R. Avalos de Matos y R. Ravines (eds.), *Lingüística e indigenismo moderno de América (trabajos presentados al XXXIX Congreso Internacional de Americanistas)*, Vol. 5., pp. 261-268. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Zevallos Quiñones, J. (1993a). *Onomástica Chimú*. Trujillo: Fundación Alfredo Píñillos Goicochea.
- Zevallos Quiñones, J. (1993b). *Toponimia chimú*. Trujillo: Fundación Alfredo Píñillos Goicochea.
- Zevallos Quiñones, J. (1994). *Huacas y huaqueros en Trujillo durante el virreinato, 1535-1835*. Trujillo: Editora Normas Legales.